

**TALLEYRAND ESTADISTA.
SU MISTERIO**

*Comunicación del académico Dr. Roberto Repetto,
en la sesión privada del 27 de junio de 1990*

TALLEYRAND ESTADISTA. SU MISTERIO

Por el Académico DR. ROBERTO REPETTO

Extrañamente juntas aparecen la inmoralidad y la grandeza que signan la vida de Carlos Mauricio de Talleyrand-Périgord, príncipe duque de Talleyrand, duque de Dino, estadista de Francia. Ante todo, ¿de dónde provenía, qué personalidad tenía? Aristócrata por antigua alcurnia, lo era también por el orgullo, la ambición, la cultura, el refinamiento, y su aptitud para dominar. Encarnaba de modo paradigmático la nobleza del antiguo régimen. Imposible reducir a una fórmula los matices de las sombras y de las luces que caracterizaban su temperamento. Tenía una inteligencia que le daba una penetración sin igual entre los hombres públicos de su tiempo. Las pasiones desequilibraban su vida privada, pero en lo público su pensamiento era mesurado, rico por la reflexión y la independencia. Venal, no respiraba bien sin el poder, el lujo, el dinero. Un testigo insigne de la inteligencia de la época —Stendhal—, lo definió así: “Monsieur de Talleyrand es un hombre de infinita inteligencia que siempre necesita dinero”. Sabía dónde estaban la victoria, el poder y la ganancia. Ministro de Relaciones Exteriores, para resolver determinadas cuestiones exigía grandes sumas de dinero. Con displicencia, llamaba a estos asuntos “una ocasión”. El dinero y el juego lo perturbaban. En una noche, sin inmutarse, perdía fortunas. Quería el dinero para

gastarlo en una vida fastuosa. No usaba la violencia, no perseguía ni injuriaba. Pero era temible por el desdén y una ironía calma.

Como es natural en un libertino, necesitaba la libertad del espíritu y de los sentidos. Siempre vivió peligrosamente entre la política, el juego, las mujeres. Seducía a las mujeres y a los hombres. Napoleón decía: "Talleyrand tiene siempre los bolsillos llenos de mujeres". Para ese propósito utilizaba la cortesía, la voz, el tono y la distinción que lo caracterizaba. Napoleón era muy sensible al encanto de su conversación. Una vez le preguntó: "Es usted el rey de la conversación en Europa, ¿cuál es su secreto?"

Los hombres que desempeñan un gran papel histórico tienen otros aspectos que la función oficial no permite siquiera sospechar. No es lícito olvidar que, mundano por naturaleza, sin embargo se recluía con frecuencia para leer. Sobre todo admiraba la precisión, la claridad en la profundidad, construidas a través de los siglos por las generaciones de Francia. Prefería a Montaigne, Saint Simon, Fenelon, Voltaire, a cuyo linaje intelectual pertenecía. Hijo de un siglo razonador y mundano, la tolerancia, la audacia crítica, el tono y el estilo de Voltaire eran para él la civilización. Por esas lecturas aprendió a expresarse con orden lúcido e idioma impecable. Admiraba la belleza literaria, sentía la naturaleza y la música de Haydn y de Mozart. Plantaba árboles, y por su generosidad era querido por las gentes que con él convivían.

Valiente, exponía sus opiniones con ponderación y las sostenía con sangre fría y presencia de ánimo. Un ejemplo. Porque era contrario a toda forma de violencia, por lo que su nombre representaba, por la prudencia con que ejercía el poder, era sospechoso para los jacobinos. No obstante, en un acto público, en el centro del drama revolucionario, elogió a un amigo, ministro del antiguo régimen. La concurrencia, desconcertada, le oyó declarar: "El señor duque de Choiseul, uno de los hombres de nuestro siglo que más tenía el futuro en el espíritu."

Durante su vida, según algunos fue sólo un calculador. Según otros era cálido en muchos aspectos. Lo mismo sucede hoy. Quizá ambos puntos de vista representen una parte de la verdad. La duquesa de Dino que convivió con él muchos años escribió: "Bajo la nobleza de sus faccio-

nes, la lentitud de sus movimientos, el sibaritismo de sus hábitos, había un fondo de temeridad audaz que chisporroteaba por momentos, que revelaba un nuevo ordenamiento de sus facultades y, por el contraste mismo, lo convertía en una de las naturalezas más originales y más atrayentes.”

ALGUNAS ANECDOTAS

La crónica del tiempo recuerda frases, historias que no son meras anécdotas pues revelan ingenio, humor, independencia y la calidad incisiva de sus invectivas.

En un tiempo era amante de Madame de Staël, pero conversaba demasiado con Madame Recamier. Naturalmente, un alma bondadosa informó a Madame de Staël. Ésta le preguntó en público: “Si Madame Recamier y yo nos caemos a un torrente, usted ¿a quién auxiliaría?” Talleyrand respondió: “Estoy seguro señora de que usted sabe nadar.”

Chateaubriand lo odiaba. Escribió que al envejecer Talleyrand se parecía cada día más a una calavera. Era por todos conocido que Chateaubriand necesitaba que se hablara sobre sus libros y su persona. En una reunión Talleyrand sugirió: “Cuando se deja de hablar de él, Monsieur de Chateaubriand cree que se ha vuelto sordo.”

Respecto a Madame Necker dijo: “Posee todas las virtudes y tiene un solo defecto: es insoportable.”

Es el momento de recordar un juicio literario que demuestra la autonomía y la flexibilidad de su temperamento, rasgos que también definen su conducta política. Ocurrió que la princesa de Talmont le envió un libro de versos publicado por un desconocido. Ese libro no estaba escrito en el estilo terso y conciso que había formado a Talleyrand. Revelaba una nueva sensibilidad centrada en la íntima esencia de la personalidad y expresada de modo musical, insinuante y melancólico. Talleyrand lo devolvió con esta esquela: “Le envío, princesa, antes de dormirme, el librito que me prestó ayer. Le bastará saber que no he podido dormir y que lo he leído hasta las cuatro de la mañana para volver a releerlo. No soy profeta, no puedo decirle qué sentirá el público. Pero mi público propio es

mi impresión bajo mis cortinas. Ahí hay un hombre.” Ese hombre se llamaba Alfonso de Lamartine.

LA DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE

En el fondo de este hombre moralmente invertebrado, que tenía una experiencia inmensa de la corrupción mundana y humana, latían indemnes fuerzas morales, cierta credulidad en principios que nunca mueren. Pues, en efecto, sentía el amor a la libertad, a su patria, y tenía el sentido de la responsabilidad social. Dos años antes del comienzo de la revolución francesa dirige una carta al duque de Choiseul donde se lee: “Amigo mío, el pueblo será por fin tenido en cuenta para algo. Cuánta falta nos haces tú, noble, elevado, popular.” Asombra este concepto si se tiene presente que provenía de una persona educada en el ambiente más conformista del mundo. En esa carta, en la palabra de Sainte Beuve, “Se siente un primer soplo de liberalismo sincero y una inquietud por los intereses populares.”

La Revolución francesa ocurre. En 1789 es nombrado miembro de la Asamblea Constituyente y luego integra el Comité de la Constitución. Importa sobremanera destacar que desempeña una función importante en la Declaración de los Derechos del Hombre. Redactó, posiblemente con el apoyo de Sieyès, el famoso artículo sexto que dice: “La ley es la expresión de la voluntad general. Todos los ciudadanos son iguales ante ella, son igualmente admisibles en todas las dignidades, puestos y empleos públicos, según sus capacidades.” Hay en estas palabras un respeto perfecto por la condición humana, pero no se sustentan igualdades imposibles. Cada ciudadano tiene, sí, derecho a todo pero “según sus capacidades.” Por esta manera, Talleyrand colaboró en la Declaración de los Derechos que reglan la vida profunda del mundo moderno y que, más allá de toda controversia, hacen la grandeza histórica de la Revolución francesa.

Llama a la Declaración “El nuevo catecismo de la infancia”, y propuso que se enseñara en las clases elementales. En cuanto al valor que asignaba a los derechos fun-

damentales, vale la pena transcribir estas palabras suyas: "Es hora de que se sepa que la libertad de opinión no forma parte en vano de la Declaración de los Derechos del Hombre, que es una libertad plena no menos sagrada e inviolable que todas las otras y a la cual toda protección es debida." Como se ha observado, este es el lenguaje del siglo veinte.

Así conservaba la cultura, la cortesía y el estilo del antiguo régimen pero desestimaba sus instituciones, sobre todo cuando estatuían privilegios feudales, de clase. De ese modo se fundían en él lo mejor del pasado con el presente, con las fuerzas creadoras de la nueva realidad que perfeccionaban la libertad humana.

LA LEY DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Talleyrand fue inspirador y autor principal del Proyecto de Instrucción Pública de 1790 que, por primera vez, dio a todos los franceses el derecho imprescriptible a la educación gratuita impartida por el Estado. La Asamblea, asombrada, lo oyó fundar así su Proyecto: "Es lamentable que se extienda a la mayoría de los hombres la mediocridad de la enseñanza en virtud de una deferencia ciega y perseverante hacia costumbres hace tiempo envejecidas. Todo proclama, pues, la necesidad inmediata de organizar la instrucción con la más total gratuidad porque es necesaria para todos." Asimismo, le importaba mucho, en contra de las ideas de la época, la educación de las niñas porque, según decía "Los cuidados que se tenga en lo referente a la educación de las mujeres son uno de los medios más severos de pulir y depurar las costumbres."

Es evidente el desinterés. Sentía la generosidad de reconocer los derechos de todos, sin abjurar su condición aristocrática.

EL ÚLTIMO DISCURSO DE NAPOLEÓN Y TALLEYRAND

Muy difícil era hacia 1815 la situación de Francia, inerme ante los vencedores después de Waterloo. Por entonces, el discurso de despedida dicho por Napoleón en

Fontainebleau, recomendó a Talleyrand: "Conviene al interés de todos, que Talleyrand siga en los asuntos. Podrá darles ideas justas sobre los hombres y las cosas. Es el hombre que mejor conoce a Francia y a Europa."

Era un estadista de larga mirada. Sólo podemos mencionar los grandes servicios que en ese tiempo prestó a Francia. Con la lucidez que le daba su inteligencia, su experiencia incomparable y su relación íntima con los grandes del mundo, defendió los intereses y la integridad territorial de su país. El general consenso reconoce hoy su profundo patriotismo en esa hora grave entre todas en la historia de su patria y admite que, en gran parte, merced a ese esfuerzo se respetaron las fronteras permanentes de Francia. Un autor clásico sobre la historia de esa época—Henry Houssaye—concluye: "Talleyrand representó a Francia con una dignidad que alcanza la grandeza."

Talleyrand tenía muchas almas. Es claro, oscuro, ambiguo. Por deliberada decisión quiso ser indescifrable. Escribió en sus Memorias estas extrañas palabras premonitorias: "He querido ser un hombre respecto a quien las opiniones siempre fuesen encontradas. Quiero que durante siglos se continúe discutiendo sobre qué he sido, lo que he pensado, lo que he querido." Ese deseo fue alcanzado. El misterio persiste. Hoy los autores discrepan y disientirán siempre sobre su carácter donde inextricablemente se entrelazan tantas sombras y tantas luces bajo la mirada de la historia.